

CARTA SEXTA

Pereza de los padres, tratándose de educación.—
¡Hacer que los niños estén quietos!—Resultados de
esa hermosa doctrina.—¡Si Pedrito y Simona estu-
viesen conmigo!—Una ficción estilo Juan Jaco-
bo.—Los niños en el campo.—El miedo.—El aseo;
el acostarse, el levantarse.—Aprender a trabajar.
¿Cuándo se trabajará?

Querida Francisca, ayer me encontré con tu
cuñada Lucía. Había leído mi última carta por
encima de tu hombro. Y, en cuanto me vió, desde
muy lejos, me dijo:

—¡Bravo, querido pedagogo; estamos frescas
con sus doctrias! Con que, ¿ni lectura, ni lenguas
extranjeras antes de los ocho años? A mí me pa-
rece, como a Francisca, que los chicos encontrarán
de perlas ese «farniente». Pero nosotros, los pa-
dres, ¿se imagina usted lo que será nuestra exis-
tencia con esos diablillos desocupados? Chapurrear
inglés o alemán, emborronar cuadernos y decir
las sílabas sin su verdadero sentido, no sé si será
o no necesario para la formación del espíritu, pero
le garantizo que, para la tranquilidad y reposo de
los padres, es indispensable.

—Señora—le repliqué—conozco esa objeción, y
merece una réplica, porque, ingenuamente, pone

en evidencia un fenómeno muy corriente: la pereza de los padres en materia de educación.

«Sí, señora, la «pereza». Muchos padres se sienten entorpecidos por una invencible pereza en cuanto se trata de ayudar con un esfuerzo personal a la formación de la progenitura. Si son bastante ricos para pagar quien les supla en este esfuerzo, no dejan de hacerlo, pero tienen también pereza para escoger a los suplentes. La mayor parte de los hijos de burgueses reciben la primera cultura, ¡tan importante! de simples gentes de oficio. Nadie se preocupa de organizar seriamente el empleo de las horas; lo importante es que las horas parezcan empleadas, y «no tener encima al chico (o la chica), cuando hacen falta.»

Asimismo, los humildes personajes encargados de educar a los niños burgueses, tienen por cuidado principal «ocuparlos». Que esta ocupación les sea o no provechosa, poco les importa...

Ahora bien, para educar a un niño, en vez de ocuparle, hace falta «ocuparse de él» constantemente; una vigilancia de todos los instantes. Si ustedes, los padres, no están en condiciones de hacerlo, tengan, por lo menos, el cuidado de que sea digno el que les sustituya.

—Todo eso es precioso y magnífico, en teoría—replicó la señora de Laterrade—estoy de acuerdo en que se ocupa a los niños bien tontamente, sólo por tenerlos quietos. Pero parece que no sabe usted lo que es un niño desocupado... Si Pedrito y Simona estuviesen con usted, y si se consagrara usted a ellos, me pregunto en qué les haría usted pasar el tiempo, puesto que excluye usted el simulacro de estudio.

—¿Si Pedrito y Simona estuviesen conmigo? ¿Y si tuviese licencia y tiempo para educarlos a mi

gusto? ¡Encantadora hipótesis! ¡Ojalá pudiese realizarse!... Realicémosla por un instante, con el pensamiento, ¿quiere usted? Jugüemos, por una vez, el juego de Juan Jacobo y de «Emilio». Compongamos una escena de la comedia ideal, cuyos protagonistas fuesen Pedrito, Simona y el tío Marcelo... A través de la ficción del relato, sabrá usted distinguir que la doctrina no es ficticia.

Yo imagino, pues, que Francisca me ha confiado a Pedrito, y usted a Simona; que emprendo la educación de los dos niños en el campo, según los principios ya expuestos. Admitamos que la acción se desarrolla en la posesión de ustedes en Berry...

* * *

Si Pedrito y Simona estuviesen conmigo.

...Desde que Pedrito y Simona están conmigo, y que su educación me ha sido plenamente confiada, me he instalado con ellos en el campo. He comprobado en seguida que estos dos niños urbanos no han echado de menos la ciudad, ni al día siguiente del cambio. Y añadido (no sin melancolía) que a los padres sí los echaron mucho de menos al principio, pero ahora, casi nada. La sensibilidad, y sobre todo la memoria de la sensibilidad, se desarrollan muy tarde en el niño: esto es debido a que el niño no aplica mucho tiempo su atención al mismo objeto. La cultura de la atención prepara la de la sensibilidad, como activa la de la voluntad y la de la inteligencia.

La cultura de la atención, es todo.

La novedad de los lugares, casa, parque, jardín, granja y pueblo vecino han bastado para distraer a mis discípulos durante los primeros días. He aprovechado para enterarme del estado de sus costumbres innatas y de las costumbres ya adquiridas. Ahora conozco sus caracteres: los niños no lo disimulan; cuando están convencidos de que no tienen nada que temer descubriéndolo. Pedrito es dulce, de inteligencia mediana, afortunadamente curioso, amigo de hacerse agradar, y muy sociable. Simona es muy comprensiva, pero de espíritu terriblemente movible: es celosa, ambiciosa, coqueta, autoritaria y ardiente, lo mismo en sus demostraciones de afecto que de alegría y enfado.

Los dos chapurreaban unas frases vagas de alemán o de inglés. Los dos eran capaces de leer P, cuando se les enseñaba una R. Los dos emborrataban sobre papel rayado palotes y oes. Mi primer cuidado fué relegar a un cajón todos los cuadernos y prohibir que se hablase otra lengua que no fuese la francesa. Pedro y Simona, no sin una verdadera sorpresa que me han comunicado, empiezan a pensar que el francés es necesario aprenderlo.

Antes creían que no hay que aprender más que el inglés y el alemán.

Primo y prima ocupan dos habitaciones contiguas, cuya puerta de comunicación queda abierta por la noche. Una doncella de confianza tiene su cama en la habitación de Simona, y está presente cuando los niños se acuestan, se levantan y se bañan. Aunque yo no me desintereso de estos cuidados. Como indicaciones generales, he prohi-

bido las afectaciones de decencia de que la inglesa había llenado a Simona; he recomendado un poco de sana sencillez. Hay puntos de moral sobre los que no quiero que se fijen los niños por ahora. Prescribo las precauciones de higiene, que todo el mundo admite y corrige: ventana abierta por la noche, uso abundante del agua, cuidado del cabello, de los dientes y de las uñas. Una regla que estimo indispensable, es que antes de acostarse se hagan los niños un aseo completo. No hay razón para no acostarse limpio y no lavarse hasta el día siguiente por la mañana. Acostándose limpio, se duerme mejor, se despierta uno limpio, y el aseo matinal no es más que una excitación higiénica... Simona, que era muy nerviosa, y que todas las noches se acostaba más despierta que una alondra, con esta simple precaución, ha recuperado el sueño.

En la habitación de Simona queda una lamparilla encendida. Porque si se despierta y se encuentra a oscuras, tiene una crisis de miedo. Es muy probable que esta mala costumbre adquirida, se deba a torpeza o debilidad de los padres. Ahora, sería un peligro suprimir la lamparilla. Es, por tanto, necesaria toda una reeducación de los nervios. Pero eso vendrá a su tiempo.

Pedrito duerme bien, y no tiene miedo en la oscuridad, ni estando solo en una habitación, con tal que la puerta contigua a otra habitación esté abierta.

Yo doy mucha importancia a combatir en estos niños el sentimiento del miedo. Todos los niños son miedosos. Es explicable, porque, primero, se sienten débiles contra el peligro, inhábiles para escapar de él; porque también muchas cosas, que para ellos son nuevas, les parecen amenazadoras.

Hay que acercarlos, para que los conozcan, los objetos o los seres animados de que tienen miedo, por la única razón de que no los conocen. Una vez hecho el conocimiento, el niño pasa muy pronto a la familiaridad con lo que antes le asustaba en su ignorancia. Simona, que se ponía mala sólo de ver un ratón, coge ahora la ratonera con el ratón dentro. ¿Qué niño campesino tiene miedo de los bueyes? El ejemplo de Clemente, que no levanta un palmo del suelo y lleva él solo ocho bueyes enormes al abrevadero y los aterroriza con sus gritos guturales, ha contribuido, y no poco, a confortar el alma de mis dos pupilos... En cuanto al miedo a lo invisible, fantasmas y aparecidos, sólo lo sugiere a los pequeños la imbecilidad de los criados y de algunos padres. Despedí en el acto a una doncella que hablaba del Coco a Simona.

Nos levantamos a las siete, punto éste en el que no transijo, salvo en caso de enfermedad. Admito que se adelante la hora de acostarse si el cansancio lo pide, pero no tolero que se retarde la hora de levantarse. El levantarse es el primer acto, la inauguración de la mañana, y me he esforzado por inspirar a mis dos discípulos el respeto a la mañana, fecunda juventud del día. Quisiera que esta sugestión les gobernase toda la vida. Quien no pierde la mañana, no es nunca frívolo.

Después de los cuidados de aseo y de la corta plegaria (que no es aún para ellos y quiero que sea así, más que un acto de afecto hacia los padres y un acto de fe, en la protección vaga y poderosa que flota sobre sus vidas, porque sería una locura hablar metafísica o místicamente a niños de cinco años), después del desayuno de frutas y pan, em-

pieza—a eso de las nueve—el período laborioso de la mañana.

No empieza hasta esa hora, porque yo quiero que todos los actos vigilados (entiendo por ellos los que tienen un objeto utilitario y no son de recreo), sean ejecutados «con lentitud». Juan Aicard hace decir muy acertadamente a uno de sus personajes que: «hay que enseñarle a los niños la lentitud». Es uno de los medios esenciales para ejercitar su atención.

Así, pues, a las nueve empieza el período laborioso. Yo no le digo a mis pupilos: «Vamos a trabajar», sino: «Vamos a aprender a trabajar»... Porque procuro presentar a su imaginación el verdadero trabajo, el trabajo de las personas mayores y de los niños de más edad, como una especie de promoción a la que sus años no les da aún derecho. He visto que esta sugestión ha producido el mismo efecto excelente en Pedrito y Simona, no obstante la diferencia de sus temperamentos. Los dos me preguntan constantemente «cuándo trabajarán». Pedro encuentra injusto que Clemente, teniendo su misma edad, lleve el ganado al abrevadero, que es un trabajo útil. A lo que yo respondo:

—Clemente es capaz de vigilar sus bueyes durante media hora, y tú, a los cinco minutos, ya no te acuerdas de lo que habías empezado a pensar.

Lo que es cierto.

Por tales medios he hecho comprender a los dos que antes de trabajar hay que aprender a ser atento. Simona afirma que ya es capaz de pensar en la misma cosa durante un cuarto de hora. Prefiero no hacer la prueba... pero me satisface que lo haga cuestión de amor propio. Por-

que aun tan alejado de las doctrinas de Juan Jacobo, no rechazo esos maravillosos auxiliares de la educación: el amor propio y el estímulo. Hay que usar con los niños los medios humanos, quiero decir, los medios que gobiernan a los hombres.

Ya lo ven ustedes, amables mamás de Simona y Pedro; la educación que pretendo dar a estos niños no tiene por objeto enseñarlos a leer ni a escribir, ni geografía, ni alemán, ni gramática francesa, ni cosa alguna de las que debe conocer un escolar. Tiene por único fin «hacer al espíritu capaz de comprender todo eso».

Y mientras se les «enseña a trabajar» (buena fórmula que los niños se apropian en seguida), no dejaré de hablarle del día deseable en que, terminado este aprendizaje, pasarán a una categoría de niños muy superior a la suya presente: la de los que trabajan...

La próxima vez te contaré, mi querida sobrina, la continuación de mi vida imaginaria con mis pupilos.

CARTA SEPTIMA

Continuación de la experiencia educativa sobre Pedrito y Simona.—La lección de trabajo.—Señalar el punto.—Mapamundi, reloj, barómetro, termómetro y brújula. La mañana, disciplina, orden, atención.—Las diversiones.—El perfeccionamiento del lenguaje.—Los juegos disciplinados.—Siesta. La tarde recreativa.—Clemente Martín, profesor. El alto; los ¿por qué?—Homenaje a la imaginación de los niños.

Mi última carta, querida Francisca, nos dejó a mis pupilos y a mí en el momento en que, a eso de las nueve, abordábamos el período laborioso de la mañana, especificando que no se trataba de trabajar, sino de aprender a trabajar.

¿En qué consistirá esta lección de trabajo?

Ya te he dicho que sería, ante todo, una lección de atención; pero también de disciplina y de orden.

Empieza, invariablemente, por una operación que llamamos entre nosotros señalar el punto. He explicado a mis discípulos que este es un término de marinos, que significa saber en qué lugar preciso del globo se encuentra el navío.

—Más adelante aprenderéis—les he dicho—, cómo el hombre, aislado sobre un navío, puede lle-